

let; pero es tan ilustre en pintura este nombre, que no puedo continuar usándolo en el teatro. Gracias á usted, cuento ya con mi obra de estreno, y espero que suceda lo propio con mi nombre.

Yo tenía abierta ante mí una de las producciones de Shakspeare, ó, más bien dicho, estaba leyendo por décima vez *Ricardo III*, y mis ojos fueron á fijarse en el nombre *Clarence*.

—Caballero, dije á mi interlocutor, le es menester á usted un nombre distinguido como su semblante, suave y armonioso como su voz: en nombre de Shakspeare le impongo el de CLARENCE.

El Capitán Pablo, anudado en el teatro de la Puerta de San Martín con el título *Pablo el Corsario*, fué representado cuarenta veces con éxito extraordinario.

Clarence se estrenó con él y en él conquistó, con justicia, fama de buen actor y aun de actor excelente.

El Capitán Pablo había salido de la Puerta de San Martín y á él tornaba.

Como la liebre, volvía á su gazapera.

Ahí, queridos lectores, la verídica historia de *El Capitán Pablo*, como drama y como novela; ya ven ustedes, pues, que me sobraba la razón al decir:

. HABENT SUA FATA LIBELLI!

A. D.

EL CAPITÁN PABLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Al caer de hermosa tarde de octubre de 1789, los curiosos de la pequeña ciudad de Puerto Luis estaban reunidos en la lengua de tierra pareja á la en que, en la opuesta margen del golfo, está situada Lorient. Lo que cautivaba la atención de aquéllos y servía de tema á sus conversaciones, era una gallarda y hermosa fragata de treinta y dos cañones, anclada hacia ocho días, no en el puerto, sino en un pequeño ancón de la rada, y á la cual habían encontrado allí una mañana, como una flor del Océano abierta durante la noche. Aquella fragata, que al parecer navegaba por vez primera, tan esbelto era su aspecto, había entrado en el golfo ostentando el pabellón francés, que se desplegabá al viento, y mostraba las flores de lis bordadas en oro, que brillaban á los postreros rayos del sol poniente. Lo que señaladamente parecía excitar la curiosidad de los aficionados á semejante espectáculo, tan fre-

30074

cuenta y con todo siempre distinto en un puerto de mar, era la duda en que todos estaban respecto de la nación donde había sido construida aquella maravillosa nave que, con todas las velas aferradas á sus vergas, hacía resaltar sobre el luminoso occidente el gracioso contorno de su casco y su elegante aparejo. Unos la juzgaban norteamericana por la elevación y atrevimiento de su arboladura; pero la perfección de los pormenores que distinguía el resto de la construcción, hacía visible contraste con la bárbara rudeza de los rebeldes hijos de Inglaterra. Otros, engañados por el pabellón que la fragata izará, buscaban en su imaginación en qué puerto de Francia había sido botada al agua; pero á no tardar el amor patrio cedía á la evidencia, pues en vano buscaban en su popa la pesada galería sobrecargada de esculturas y adornos que constituía el aderezo obligado de toda hija del Océano ó del Mediterráneo nacida en los astilleros de Brest ó de Tolón; y otros, por fin, sabiendo que el pabellón no era á menudo más que una máscara destinada á ocultar el verdadero semblante, sostenían que las torres y los leones de España hubieran estado más en su lugar en la popa de la fragata que no las tres flores de lis de Francia; pero á éstos les argüían preguntándoles si los esbeltos y graciosos costados de la fragata se parecían en nada al ventrudo casco de los galeones españoles. Habíalos también que habrían jurado que aquella encantadora hada de los mares había nacido en las brumas de Holanda, si la altura y sutileza de sus berlingas no hubiesen, por su arriesgado

atrevimiento, dado un mentís á las prudentes construcciones de los antiguos barredores del mar. Por lo demás, y como ya hemos dicho, desde ocho días antes por la mañana, en que aquella graciosa visión apareciera en las costas de la Bretaña, indicio alguno había podido fijar la opinión, indecisa todavía en el momento en que abrimos las primeras páginas de esta historia, atento á que ni un solo hombre de la tripulación había desembarcado so pretexto alguno. En rigor, hasta podía darse por problemática la existencia de tal tripulación, pues de no haber los curiosos visto al centinela y al oficial de guardia, de los que, de vez en cuando, sobresalía de las bordas la cabeza, pudiera haberse creído inhabitada la fragata. Sin embargo, parece que ésta, por mucho que se hubiese encerrado en su incógnito, no traía ninguna intención hostil; su llegada no había sobresaltado lo más mínimo, aparentemente á lo menos, á las autoridades de Lorient, máxime cuando vieron que, al dar fondo, la fragata se puso al alcance de los fuegos de un fortín habilitado para la defensa al declararse la guerra entre Inglaterra y Francia, fortín que tendía fuera de sus murallas, y por encima mismo de las cabezas de los curiosos, el largo cuello de una batería de grueso calibre.

Entre aquella multitud de ociosos llamaba la atención, por la inquieta solicitud de sus preguntas, un joven; el cual, sin que pudiese adivinarse la causa, echábase de ver desde luego que se interesaba directamente por la misteriosa nave. Como en el rumboso traje del joven habían todos conocido el uniforme de los mosqueteros,

y estos guardas de la monarquía salían raras veces de la capital, al principio había sido aquél, para la multitud, una distracción á su curiosidad; pero á no tardar conocieron en el mosquetero, á quien creían extraño, al joven conde de Auray, último vástago de una de las más antiguas casas de la Bretaña. El castillo, habitado por la familia del conde, estaba situado en la margen del golfo de Morbihán, á seis ó siete leguas de Puerto Luis. Dicha familia se componía del marqués de Auray, pobre anciano loco á quien hacía veinte años nadie viera fuera de los límites de su señorío; de la marquesa de Auray, mujer á quien únicamente podían disculpar su orgullosa aristocracia la rigidez de sus costumbres y la antigüedad de su nobleza; de la joven Margarita, apacible doncella de diez y siete á diez y ocho años, endeble y pálida como la flor de que ostentaba el nombre, y del conde Manuel, á quien acabamos de introducir en escena, y en torno del cual se apiñara la multitud, á la que seducen siempre un apellido ilustre, un uniforme vistoso y modales noblemente insolentes.

Con todo, por más que aquellos á quienes el joven se dirigía hubiesen deseado atender á las preguntas de éste, no podían responderle sino de una manera vaga é indecisa, pues respecto de la fragata no sabían más que lo que el cambio de sus propias conjeturas pudo darles á conocer á ellos mismos. El conde Manuel estaba, pues, para retirarse, cuando vió acercarse al muelle un bote con seis remeros, que conducía directamente hacia los grupos dispersados por el arenal á un nuevo personaje, que no podía menos

de llamar la atención en momentos en que la curiosidad estaba por tal modo excitada. El mencionado personaje, joven, al parecer, de veinte á veintidós años á lo sumo, vestía el uniforme de alférez de navío de la marina real, iba sentado, ó más bien echado sobre una piel de oso, y empuñaba la caña del bote mientras el piloto, que gracias al capricho de su jefe nada tenía que hacer, estaba sentado en la proa.

No bien los reunidos en el muelle vieron el bote, fijaron á porfía la mirada en él, como si hubiese sido portador de la última esperanza que pudiese proporcionarles las tan deseadas noticias. En medio, pues, de una parte de la población de Puerto Luis fué donde el bote, impulsado por el último esfuerzo de los remeros, vino á encallar á ocho ó diez pies de la playa, por no permitirle avanzar más el poco fondo que había en aquel sitio. Al punto dos remeros saltaron sus remos, que colocaron en el fondo de la embarcación, y saltaron en el agua, que les cubrió hasta las rodillas. Entonces el joven alférez de navío se levantó con indolencia, pasó á proa, y se dejó llevar en brazos hasta la playa, para que ni una gota de agua manchara su elegante uniforme. Ya desembarcado, el alférez ordenó al piloto que doblara la lengua de tierra, que todavía avanzaba tres ó cuatrocientos pasos en el Océano, y le aguardase al otro lado de la batería. En cuanto á él, se detuvo un instante en la orilla para reparar el desorden que en su traje introdujera la manera de transporte que se viera obligado á adoptar para llegar á ella, y luego echó á andar, tarareando una canción

francesa, hacia la puerta del fortín, por la cual entró después de haber devuelto casi imperceptiblemente el saludo militar que le hiciera el centinela.

Aunque en un puerto de mar es lo más natural del mundo el ver á un oficial de marina atravesar una rada y entrar en un fortín, la preocupación de los ánimos era tal, que entre la multitud desparramada por el muelle de Puerto Luis, no hubo un hombre siquiera que no imaginase que la visita que recibía el comandante del fuerte no estuviese relacionada con el buque desconocido y no la hiciese objeto de toda clase de conjeturas. Así es que cuando el joven marino se vió, al parecer de nuevo en la puerta del fortín, casi encerrado en un círculo tan compacto, por un instante sintió impulsos de abrirse paso con el junquillo que llevaba en la mano; pero después de haberlo hecho silbar dos ó tres veces con impertinente petulancia, al parecer cambió prontamente de resolución, y, reparando en Manuel, cuyo porte distinguido, así como su gracioso uniforme, hacían contraste con el aspecto y el traje vulgar de los que le rodeaban, se acercó á él en un instante en que, de su lado, el conde le imitaba. Los dos oficiales no hicieron sino cruzar una mirada rápida, pero bastante para que por señales infalibles conociesen mutuamente que eran gente de calidad y de linaje. Así, pues, ambos mozos saludáronse al punto con el despejo cortés y la finura familiar que caracterizaba á los jóvenes señores de aquellos tiempos.

—Vive Dios, mi querido compatriota, dijo el

alférez, pues imagino que, como yo, es usted francés, aunque le encuentro en tierra septentrional y en regiones si no salvajes, á lo menos tal cual bárbaras, ¿podría usted decirme qué hay en mí de extraordinario para que alborote á estas gentes? ¿ó es que un oficial de marina es un ente tan raro y nuevo en Lorient, que su sola presencia despierte por tal manera la curiosidad de los hijos de la Baja Bretaña? Si así lo hace usted, le confieso que me prestará un favor al que corresponderé gustoso si se me presenta ocasión de serle útil.

—Me será tanto más fácil complacerle, respondió el conde Manuel, cuanto esta curiosidad nada tiene de ofensiva para usted ni para el uniforme que usted ostenta; y en prueba de lo que digo, mi querido compañero, pues en sus charreteras veo que poco más ó menos ocupamos el mismo grado en los ejércitos de Su Majestad, sepa que también yo participo de la curiosidad que echa usted en cara á estos bretones, por más que me asistan fundamentos probablemente más positivos que no á ellos para desear la solución del problema que en este instante están persiguiendo.

—Pues bien, repuso el marino, si puedo ayudarle á usted en sus averiguaciones, pongo á su disposición mis conocimientos algebraicos; pero aquí estamos mal para demostraciones matemáticas. ¿Le parece á usted si nos desviásemos algo de esas buenas gentes, que no pueden servir sino para desbaratar nuestros cálculos?

—Perfectamente, respondió el mosquetero; tanto más cuanto, si no me equivoco, dirigién-

donos hacia allá le acerco á usted á su bote y á sus marineros.

—Esto es lo de menos; si no le conviene á usted seguir este camino, tomaremos por otro. Me sobra el tiempo, y mis muchachos tienen todavía menos prisa que yo. Conque, si á usted le place, viremos de bordo.

—No, hágame usted este obsequio; sigamos adelante; cuanto más cerca nos encontraremos de la orilla, con más libertad trataremos del asunto de que quiero hablarle. Avancemos, pues, por esta lengua de tierra mientras hallemos donde afirmar los pies. ¿Le parece?

El marino continuó avanzando como quien le es del todo indiferente la dirección que le imprimen, y ambos jóvenes, que acababan de encontrarse por vez primera, se encaminaron asidos del brazo, como dos amigos de la infancia, á la punta del cabo que, parecido á una descomunal moharra, se prolonga dos ó trescientos pasos en el mar. Una vez llegados á su extremidad, el conde Manuel se detuvo, y tendiendo la mano hacia la fragata, preguntó á su compañero si sabía cuál era aquel hermoso buque.

Después de dirigir una rápida y escrutadora mirada al mosquetero, y posándola luego en la nave, el joven marino respondió con negligencia:

—Ya lo ve usted, una hermosa fragata de treinta y dos cañones amarrada á la espía, con todo su velamen envergado, á fin de estar en disposición de hacerse á la mar á la primera señal.

—Usted dispense, repuso Manuel sonriendo

no es esto lo que le pregunto. Poco me importa cuántos cañones monta ó qué ancla arrastra: ¿no lo dicen ustedes así?

El marino se sonrió á su vez.

—Lo que yo deseo saber, prosiguió Manuel, es la verdadera nación á la cual pertenece, para qué punto está de leva, y el nombre del capitán que la manda.

—En cuanto á la nación, respondió el marino, ella misma ha cuidado de decirnoslo, ó sería una embustera de marca mayor. ¿No ve usted el pabellón que undula en el cangrejo? es el pabellón sin mancha, aunque un poco ajado á causa de lo mucho que ha servido. Por lo que se refiere á su destino, como le ha dicho á usted mismo el gobernador de la plaza, al preguntárselo usted, es Méjico.

Manuel miró con asombro al joven alférez de navio.

—Y por lo que atañe á su capitán, prosiguió el marino, ya es harina de otro costal. Hay quien juraría que es un joven de mi edad, ó de la de usted, pues creo que poco más ó menos nos mecieron en la cuna á un mismo tiempo, por más que la profesión que ejercemos pueda poner un largo intervalo entre nuestras tumbas. Otros pretenden que es de la edad de mi tío, el conde de Estaing; el cual, como indudablemente usted no ignora, ayuda con todas sus fuerzas á los rebeldes de América, como en Francia les llaman todavía algunos. Y, por último, en cuanto á su nombre, ya es distinto: es fama que ni él mismo lo sabe, y mientras espera se lo dé á conocer un afortunado suceso, se llama Pablo.

—¿Pablo?

—Sí, el capitán Pablo.

—¿Pablo de qué?

—Pablo de la *Providencia*, del *Ranger*, de la *Alianza*, según el buque que está á su mando. ¿No hay por ventura en Francia algunos jóvenes señores que hallando su apellido excesivamente breve, lo alargan con el nombre de una tierra, y lo rematan todo con un casco de caballero ó un tortil de barón, dando gusto ver las trazas de casa antigua que asumen su porte y su carroza? Pues tal le pasa á él. Por de pronto se llama, si no me equivoco, Pablo de la *India*: y que está orgulloso de este nombre, vaya si lo está; á juzgar por mis simpatías de marino, no trocaría su fragata por la más hermosa tierra que se extiende desde el puerto de Brest hasta las bocas del Ródano.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿cuál es el carácter de ese hombre? repuso Manuel, después de haber reflexionado por un instante sobre el singular compuesto de ironía y de candor que sucesivamente se traslucía en las respuestas del marino.

—¿Su carácter? Pero mi querido... ¿barón... conde... marqués?

—Conde, respondió Manuel inclinándose.

—Pues como le decía á usted, mi querido conde, me lleva usted de abstracción en abstracción, siendo así que al poner yo á su disposición mis conocimientos algebraicos, no era para que echásemos en pos de lo desconocido. ¿Cuál es su carácter, me pregunta usted? Dios me valga, mi querido conde, ¿quién, con conocimiento de causa, puede hablar del carácter de un hombre,

excepto él mismo, y aun?... Mire usted, yo, aquí donde usted me ve, hace veinte años que, ya con la quilla de una corbeta, ya con la de una fragata, surco el inmenso mar que se extiende ante nosotros. Mis ojos, si así puedo expresarme, han visto el Océano casi al mismo tiempo que el cielo, y desde que mi lengua pudo eslabonar dos palabras y mi inteligencia hermanar dos ideas, he interrogado y estudiado el líquido elemento, y, sin embargo, todavía no conozco su carácter: sólo sé que lo agitan cuatro vientos principales y treinta y dos aires. ¿Cómo quiere usted, pues, que juzgue yo al hombre, turbado como está por sus innumerables pasiones?

—Es que yo no le exijo á usted, mi querido señor... ¿duque... marqués... conde?

—Alférez de navío, respondió el joven marino, inclinándose como hiciera el de Auray.

—Le decía á usted, pues, mi querido señor alférez, que no le exijo que me dé un curso de filosofía sobre las pasiones del capitán Pablo; sólo deseo que respecto de éste me informe de dos cosas, y es la primera, si cree usted que es hombre de honor.

—Ante todo es menester que nos pongamos de acuerdo sobre el significado de las palabras, querido conde. ¿Qué entiende usted, con exactitud, por *honor*? Porque así, sin determinar, es muy vaga la palabra.

—Permitame usted que le diga, mi querido alférez, repuso el conde, que hallo por demás singular la pregunta que me dirige. El honor... es el honor; no atino en otra respuesta más satisfactoria.

—Ahí precisamente el quid, profirió el marino: un vocablo sin definición, como la palabra Dios. También Dios es Dios, y cada cual se forja un Dios á su guisa: los egipcios lo adoraban bajo la forma de un escarabajo, y los israelitas bajo la de un becerro de oro. Tal sucede con el honor. Coriolano, el Cid y el conde Julián lo entendían cada cual á su manera. Puntualice usted más su pregunta si desea que yo le responda.

—Quería decir si puede uno fiar en su palabra.

—En cuanto á esto, no creo que haya faltado nunca á ella; sus enemigos mismos, y no llega el hombre al sitio que él ocupa sin tenerlos, nunca han puesto en tela de juicio el que no fuese esclavo de su palabra hasta la muerte. Ea, ya tenemos aclarado este extremo; respecto del particular le garantizo á usted que el capitán Pablo es hombre de honor. Á ver la segunda pregunta, pues si no me engaño desea usted saber todavía algo más. ¿No es eso?

—Es cierto; desearía saber si obedecería fielmente á una orden de Su Majestad, que Dios guarde.

—¿De qué majestad?

—En verdad, mi querido alférez, finge usted tener tan malas entendederas, que le sentaría á usted mucho más bien el ropón de sofista que el uniforme de marino.

—¿Por qué? ¿Me tilda usted de ergotista por que antes de responder quiero saber á qué respondo? En la hora de ahora hay ocho ó diez majestades bien ó mal sentadas en los diferentes tronos de Europa: tenemos á Su Majestad Cató-

lica, majestad caduca, que se deja arrancar pedazo por pedazo la herencia que le legó Carlos V; Su Majestad Británica, majestad testaruda, que se aferra á su América como Cinejires al bajel de los persas, y á la que cortaremos ambas manos si no la suelta; Su Majestad Cristianísima, á quien venero y honro...

—De ésta quiero hablar, interrumpió Manuel. ¿Usted cree que el capitán Pablo se prestaría á obedecer una orden que yo le llevaría de parte de Su Majestad el rey Luis XVI?

—El capitán Pablo, respondió el alférez de navío, obedecerá, como debe hacerlo todo capitán, las órdenes emanadas del poder que tiene derecho á imponérselas, so pena de ser un corsario maldito, ó un pirata condenado, ó un filibustero sin casa ni hogar, lo que dudo, en vista de la fragata de su mando y de la manera cómo está conservada. Es obvio, pues, que el capitán Pablo tiene, en un cajón de su camarote, una orden firmada de este ó del otro poder. Pues bien, si la orden esa ostenta el nombre de Luis y el sello con las tres flores de lis de Francia, es indudable que acatará cuantas estén autorizadas con los mismos sello y firma.

—No quería saber más, repuso el joven mosquetero, á quien empezaban á impacientar las singulares respuestas de su interlocutor. Ahora no me queda sino recabar de usted una fineza.

—Estoy dispuesto á complacerle á usted como en lo demás, señor conde, dijo el alférez. ¿Qué es ello?

—¿Podría usted indicarme la manera de ir á bordo de esa fragata?

—De esta, respondió el marino tendiendo la diestra hacia su bote, que al vaivén de las olas se mecía en un pequeño ancón cercano.

—Pero ¿no es el de usted ese bote?

—Sí, señor; esto quiere decir que le conduciré yo mismo.

—¿Así, pues, usted trata al capitán Pablo?

—¿Yo? lo más mínimo; pero siendo, como soy, sobrino de almirante, es natural que conozca á todos los jefes de buque, desde el contra maestre que dirige el bote que busca una aguada, hasta el vicealmirante que rige la escuadra que va á entrar en fuego. Por otra parte, los marinos nos entendemos por ciertos signos reservados, por medio de cierto lenguaje masónico, con ayuda del cual nos tenemos por hermanos, sea el que fuere el punto del mar donde nos encontremos. Así, pues, acepte usted mi ofrecimiento con la misma franqueza que se lo hago. Yo, mis remeros y mi bote estamos á las órdenes de usted, señor conde.

—Pues bien, présteme usted este último obsequio y...

—Y olvidará usted el tedio que le he causado con mis divagaciones ¿no es eso? interrumpió el alférez sonriéndose. Qué quiere usted, mi querido conde, continuó el marino, haciendo con la mano una señal que los remeros comprendieron al punto, la soledad del Océano nos ha dado á nosotros, hijos del mar, la costumbre del monólogo. Durante la calma invocamos al viento; cuando se desencadena la tormenta, invocamos la calma, y por la noche hablamos con el Omnipotente.

Manuel fijó una mirada, en la que todavía se traslucía la duda, en su compañero, que la aguantó con el aparente gesto bonachón que se extendiera por su rostro cada vez que se había convertido en objeto de investigación por parte del mosquetero. El cual se pasmaba de aquel compuesto de desdén para con lo humano y de poesía respecto de las obras de Dios; pero no viendo, á la postre, en el hombre singular que ante él estaba, más que un individuo dispuesto, si bien en formas especiales, á prestarle el favor que él reclamaba, aceptó el ofrecimiento.

Cinco minutos después, ambos jóvenes avanzaban hacia la desconocida nave, con toda la velocidad que imprimía al bote el esfuerzo combinado de seis robustos remeros, cuyos remos subían y bajaban con tanta regularidad, que el movimiento que los impulsaba más parecía originado de un resorte mecánico que del acorde de fuerzas humanas.

II

A proporción que el bote iba avanzando, las esbeltas formas de la nave se desarrollaban, á los ojos del alférez y del mosquetero, en toda la admirable perfección de sus pormenores, y, aunque por falta de costumbre ó de vocación, el conde de Auray fuese de ordinario poco sensible á la belleza revestida de tales formas, no podía menos de admirar la elegancia del casco, la sutileza y robustez de la arboladura y la tenuidad de las jarcias que, sobre el cielo todavía iluminado por la luz del sol poniente, semejaban hilos flexibles y sedosos trenzados por alguna araña gigantesca. Por lo demás, la misma inmovilidad reinaba en la fragata; la cual, ya por indolencia ó bien por desdén, parecía no hacer caso alguno de la visita que iba á recibir. El joven mosquetero creyó divisar por un instante, al pasar por delante de la abertura de una porta, junto á la tapada boca de un cañón, la extremidad de un anteojo asestado á él; pero el buque, en el movimiento lento y semicircular que le imprimía la respiración del Océano, le presentó la

proa, poniéndole en evidencia la figura esculpida que, por regla general, da nombre á la nave á la cual sirve de adorno, y que en aquella no era otra que la de una de las hijas de la América descubierta por Cristóbal Colón y conquistada por Hernán Cortés, con su tocado de plumas de variados colores y el seno al aire y engalanado con hilos de coral. En cuanto al resto del cuerpo de la figura, entre sirena y serpiente, se unía de manera caprichosa y por medio de elegantes arabescos al casco del buque. Cuanto más se acercaba el bote á la fragata, más aquella figura parecía atraer la atención del conde; y es que, efectivamente, era una escultura no solamente singular en la forma, sino realmente de ejecución notable, echándose de ver desde luego que no era un artesano vulgar el que la sacara de la pieza de roble en que había dormido durante siglos, sino un artista de talento. Por su parte, el alférez de navío notaba, con cierta satisfacción de clase, la atención creciente que el conde se veía obligado á prestar á la nave, hasta que por fin, y al notar que su compañero tenía fija toda su curiosidad en la figura que acabamos de describir, pareció aguardar con cierta ansiedad el parecer de Manuel. Éste, sin embargo, no abrió los labios, por mucho que entonces se encontrase lo bastante cerca de la figura para que no le pasase inadvertida ninguna de sus bellezas. El alférez resolvió, pues, romper el silencio é interrogar á su vez á su compañero:

—¿Qué tal le parece esa obra maestra? le preguntó, disimulando bajo un gesto de buen humor el interés que le inspiraba la respuesta.

—Que con relación á las obras del mismo género que he visto, merece verdaderamente el calificativo que usted acaba de darle.

—Si, repuso con indolencia el marino; es la última escultura de Guillermo Coustou, muerto antes de verla terminada; la concluyó su discípulo, un tal Dupré, hombre de mérito, que perece de hambre y se ve obligado á tallar madera en vez de esculpir mármol, y á escuadrar popas de buques cuando debería labrar estatuas. Mire usted, continuó el alférez de navío, imprimiendo al timón un movimiento que en vez de conducir el bote directamente á la fragata lo hacía desviar en derechura á una de sus extremidades; mire usted, lo que lleva al cuello es un verdadero collar de coral, como legítimas son las perlas que ostenta en las orejas. Ahora repare usted en los ojos; cada pupila es un diamante que vale cien guineas, con la efigie del rey Guillermo. Ya ve usted, el capitán que se apodere de esta fragata, además de la honra de haberla conquistado, ganará un soberbio regalo de boda para su novia.

—Vaya un capricho, profirió Manuel, dominado á su vez por la singularidad de lo que estaba viendo; porque capricho es el adornar un buque como pudiéramos á un ser querido, y exponer de esta suerte considerable cantidad de dinero á las contingencias de un combate ó al riesgo de una tormenta.

—¿Qué quiere usted? repuso el joven alférez de navío, con acento de indecible melancolía; como nosotros no tenemos más familia que nuestros marineros, más patria que la inmensidad del

mar, más espectáculo que las tempestades, ni otra distracción que el combate, es menester que nos aficionemos á algo. No teniendo, como no tenemos, amante real, pues siendo gaviotas con las alas siempre desplegadas nadie querría amarnos, nos vemos obligados á forjarnos un amor imaginario. Uno se enamora de una isla fresca y umbrosa, y cada vez que desde lejos la divisa, surgiendo del Océano como canastillo de flores, hínchasele de gozo el corazón como el de un pájaro que vuelve á ver su nido; quién, concentra su afecto en una estrella, y durante las esplendentes y largas noches del Atlántico, siempre que cruza el ecuador le parece que aquélla se le acerca y le saluda con luz más intensa, con fulgor más vivo; otros, en fin, y son los más, se aficionan á su fragata como á una hija predilecta, y gimen cada vez que el viento rompe á aquélla algún miembro, cada vez que una bala le abre una herida, y cuando la ven lastimada en el corazón por la tormenta ó por el combate, prefieren morir con ella á salvarse sin ella, dando á la tierra un santo ejemplo de fidelidad, al hundirse con el objeto de su amor en los más profundos abismos de la mar. El capitán Pablo es uno de estos últimos, y esto se lo explica á usted todo; ha hecho á su fragata el regalo de boda que destinaba á su prometida. ¡Ah! parece que á bordo se despiertan.

—¡Ah del bote! gritaron desde la fragata, ¿qué se ofrece?

—Subir á bordo, respondió Manuel; echen ustedes un cabo, una amarra, lo que quieran, para que podamos agarrarnos á algo.

—Tomen ustedes por la banda de estribor y encontrarán la escalera.

Los remeros obedecieron al punto esta orden, y segundos después ambos jóvenes se encontraban, efectivamente, al pie de la abertura que conducía á cubierta, donde el oficial de guardia les recibió con solicitud que pareció de buen agüero á Manuel de Auray.

—Caballero, dijo el alférez de navío al joven que les recibiera, y que por el uniforme parecía desempeñar idéntico cargo que él, tengo el gusto de presentarle á usted á mi amigo el conde...

É interrumpiéndose, el alférez de navío se volvió hacia Manuel, y le preguntó:

—¿Conde de qué? se me ha olvidado el preguntárselo á usted, amigo mío.

—De Auray.

—Le decía á usted, pues, continuó el joven marino dirigiéndose nuevamente á su compañero, que tenía el gusto de presentarle á usted á mi amigo el conde Manuel de Auray, el cual desea vivamente hablar con el capitán Pablo. ¿Está á bordo?

—Acaba de llegar ahora mismo, respondió el oficial de guardia.

—Pues me bajo á su camarote para notificarle la visita de usted, mi querido conde, dijo el alférez. Ínterin, el señor Walter, aquí presente, tendrá el gusto de enseñarle á usted el interior de la fragata. Para un oficial de tierra es un espectáculo muy curioso, tanto más cuanto dudo que pudiese usted hallar muchos buques tan bien organizados como este. ¿No es la hora de cenar?

—Sí, señor, respondió Walter, á quien dirigiera la pregunta el alférez de navío.

—Pues este será un nuevo aliciente.

—Es que estoy de guardia, profirió el oficial, titubeando.

—¡Bah! repuso el alférez de navío, ya encontrará usted entre sus compañeros quien le supla á usted por algunos minutos.

Y, volviéndose al conde, añadió con agrado:

—Procuraré que el capitán no le haga esperar mucho en la antecámara. Hasta la vista, señor conde; voy á recomendarle á usted todo lo eficazmente posible para que reciba un buen acogimiento.

El joven alférez de navío desapareció por la escalera del comandante, mientras el oficial que se había quedado con el conde para servirle de *cicerone* acompañaba á éste á la batería.

Como presumiera el compañero de camino de Manuel, la tripulación estaba cenando.

Era la primera vez que el joven conde presenciaba tal escena, y por mucho que desease hablar inmediatamente con el capitán, sintió tal curiosidad, que no pudo menos de sentirse cautivado.

Entre cañón y cañón, y en el sitio reservado á la maniobra, había una mesa rodeada de bancos, pero no sostenidos aquélla y éstos por pies, sino suspendidos del techo por los cordajes. En cada uno de dichos bancos estaban sentados cuatro hombres que tomaban su parte de un pedazo de buey que se defendía heroicamente, pero que se las había con mocetones al parecer dispuestos á no desmayar ante su resistencia. En cada mesa había dos colodras de vino, es decir, media bo-

tella para cada hombre, y en cuanto al pan, más que por raciones parecía estar distribuido á discreción. Por lo demás, entre la tripulación, compuesta de 180 á 200 hombres, reinaba el mayor silencio.

Si bien ninguno de los marineros abría la boca más que para comer, Manuel advirtió con admiración la variedad de su origen, visible en los tipos generales y característicos de cada fisonomía. Walter, que notó la sorpresa de su acompañado, respondió al pensamiento de éste antes de que se le hubiese dado á conocer, diciendo con acento americano en que ya reparara el conde, y que demostraba que el que le dirigía la palabra había nacido allende el Atlántico:

—Sí, señor, aquí tenemos una preciosa muestra de todos los pueblos de la tierra, y si de improvisto un nuevo diluvio acabase con los hijos de Noé, como en remotos tiempos con los hijos de Adán, en nuestra arca hallarían la semilla de cada nación. ¿Ve usted aquellos tres compañeros que truecan con sus vecinos un trozo de carne asada por un diente de ajo? son hijos de Galicia, á quienes recogimos en el cabo Ortugal; no se batirían sin haber invocado á Santiago; pero una vez hechas sus oraciones, se dejarían convertir en picadillo como mártires antes que retroceder un paso. Los otros dos que pulen su mesa con las mangas, son arrojados holandeses que todavía no han podido conformarse con los perjuicios que irrogó á su comercio el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. Ya lo ve usted, á la primera mirada parecen jarros de cerveza; pero en cuanto oyen el

toque de zafarrancho, se mueven como vascos. Si se acerca usted á ellos, no pudiendo hablar de sí mismos le hablarán de sus antepasados, y le dirán que descienden de aquellos barredores del mar que, cuando iban á entrar en fuego, por todo pabellón izaban una escoba; pero se callarán que á lo mejor los ingleses se la tomaron y la convirtieron en varas. Aquella otra mesa, en la que todos cuchichean por estarles prohibido hablar en alta voz, la rodean franceses, y su cabecera la ocupa el jefe elegido por ellos mismos, parisiense por su cuna, cosmopolita por inclinación, maestro en la esgrima del palo y del arma blanca, como también de baile; siempre está satisfecho, siempre alegre; maniobra cantando, y cantando se bate, y morirá cantando, á menos que una corbata de cáñamo le ahogue la voz en la garganta, lo que podría muy bien suceder si tiene la desgracia de caer en manos de John Bull. Vuelva usted ahora lo ojos hacia esotro lado y repare en esa larga fila de cabezas huesosas y cuadradas: para usted serán tipos extranjeros, mas todo americano nacido entre el mar de Hudson y el golfo de Méjico, verá en ellos osos del lago Erié ó focas de Nueva Escocia. Tres ó cuatro de ellos son tuertos, lo cual se origina del modo de luchar que tienen entre sí: con el índice y el medio arrollan los cabellos de su adversario y le hacen saltar uno de los ojos con el pulgar. En este ejercicio hay tres tan sumamente diestros, que nunca yerran la operación. Cuando llega la hora del abordaje, casi siempre arrojan su pica y su machete, y agarrándose del primer inglés con quien se en-

cuentran, le desojan con prontitud y destreza que da gusto ver. Confiese usted que no me he excedido al decirle lo que al principio le he dicho, y que la colección es completa.

—Pero ¿cómo se las compone el capitán para hacerse entender de todos esos hombres procedentes de tan diversos puntos? preguntó Manuel, que había escuchado con interés la larga enumeración de Walter.

—En primer lugar, el capitán habla todas las lenguas; además, en el combate ó en medio del temporal, sin embargo de que entonces usa de la suya materna, imprime tal inflexión á su voz, que todos le comprenden y obedecen. Pero, mire usted, acaban de abrir la puerta de la cámara de babor: es probable que el capitán esté ya dispuesto á recibirle.

Efectivamente, un niño vestido con el uniforme de aspirante se encaminó al encuentro de los dos oficiales, preguntó á Manuel si era él el conde de Auray, y al responderle éste afirmativamente, le invitó á que le siguiese.

El oficial que acababa de llenar por modo tan concienzudo las veces de guía, se subió inmediatamente á cubierta para ocupar nuevamente el puesto que dejara por un instante, y Manuel se encaminó á la cámara con emoción llena de inquietud y de curiosidad: por fin iba á conocer al capitán Pablo.

El cual era, al parecer, hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, y andaba encorvado más por la costumbre de vivir en el entrepuente que no por el peso de los años. Vestía, en toda su estricta severidad, el uniforme de la marina

real, esto es, casaca azul con solapas escarlata, chupa encarnada, calzón del mismo color, medias cenicientas, y chorrera y puños de encaje. Los cabellos, arrollados en forma de morcilla y empolvados de blanco, llevábalos atados en el cogote y á su raíz, con una cinta cuyas extremidades undulaban, y sobre una mesa cercana estaban colocados su tricornio y su espada.

En el instante en que Manuel puso los pies en el umbral de la cámara, el capitán Pablo, que estaba sentado en una cureña, se levantó con ademán solemne.

Al aspecto de aquel hombre, el de Auray quedó como intimidado; y es que los ojos del marino emanaban un como rayo investigador que parecía iluminar hasta el alma de aquel en quien los fijaba. Tal vez contribuía á aumentar la impresión de Manuel, el que éste se presentaba con una conciencia que le reprochaba el acto singular á que daba cumplimiento y del que iba á hacer al capitán, si no cómplice, á lo menos ejecutor. El capitán Pablo y el conde, cual si hubiesen sentido una mutua é íntima repulsión, se saludaron muy cortésmente, pero con circunspección grandísima.

—¿Es al señor conde de Auray á quien tengo la honra de dirigirme? preguntó el veterano.

—¿Y yo al capitán Pablo? respondió el joven mosquetero.

Ambos interlocutores hicieron una segunda reverencia.

—¿Puedo saber á qué favorable coyuntura debo la honra de la visita que en este instante me está haciendo el heredero de uno de los más

antiguos y más encumbrados apellidos de la Bretaña?

Manuel hizo otra reverencia á modo de gracias, y luego, y tras una ligera pausa, como si le costase entablar conversación, repuso:

—Hanme dicho, señor capitán, que salía usted para el golfo de Méjico.

—No le han engañado á usted, caballero; he resuelto darme á la vela para Nueva Orleans, haciendo escala en Cayena y en la Habana.

—De perlas, capitán, repuso Manuel; no tendrá usted que desviarse de su derrota, admitiendo, sin embargo, que se encargue usted de ejecutar la orden de que soy portador.

—¡Ah! ¿tiene usted que comunicarme una orden? ¿y de parte de quién?

—De la del ministro de Marina.

—¿Dirigida personalmente á mí? preguntó el capitán con acento de duda.

—No, señor, sino á todo capitán de la marina real que se dé á la vela para la América del Sur.

—Y ¿de qué se trata, señor conde?

—De un prisionero de Estado á quien hay que deportar á Cayena.

—Y ¿trae usted consigo la orden esa?

—Aquí está, respondió Manuel sacándola de su bolsillo y entregándola al capitán de la fragata.

Éste la tomó, y acercándose á la ventana para aprovechar la postrera luz del día, leyó en alta voz lo siguiente:

«El ministro de Marina y de las colonias ordena á todo capitán ó teniente que tenga á su

»mando buques del Estado y se dé á la vela para
»la América del Sur ó el golfo de Méjico, que
»tome á bordo y desembarque en Cayena al in-
»dividuo llamado Lusignán, condenado á depor-
»tación perpetua. Durante la travesía, el reo
»comerá en su camarote y no se comunicará
»con los tripulantes.»

—¿Está en forma la orden? preguntó el conde.

—En toda regla, caballero, respondió el veterano.

—Y ¿está usted dispuesto á cumplirla?

—¿No estoy, por ventura, á las órdenes del ministro de Marina?

—Entonces ¿pueden traer á bordo al prisionero?

—Cuando quieran; lo único que encargo es que se den prisa, pues no cuento permanecer mucho tiempo en estos parajes.

—Haré porque se apresuren.

—¿Tiene usted más que decirme?

—Nada más, señor capitán, sino darle las gracias.

—No hay de qué, caballero; el ministro ordena y yo obedezco, nada más; cumplo un deber, no presto un favor, ni mucho menos.

El capitán y el conde se saludaron de nuevo, separándose más fríamente que no se habían acercado.

Una vez en cubierta, Manuel preguntó por su compañero al joven oficial de guardia; el cual le respondió que el capitán Pablo lo había invitado á cenar con él; pero que, siempre galante y cortés, ponía su bote á la disposición del conde.

En efecto, la embarcación estaba al pie de la escalera de la fragata, y los marineros aguardaban, con los remos levantados, á aquel á quien debían conducir otra vez á tierra.

No bien Manuel hubo puesto los pies en el bote, éste se alejó con igual rapidez que viniera; pero ahora bogando tristemente y en silencio, pues el joven marino no estaba presente para animar la conversación con los axiomas de su poética filosofía.

Aquella misma noche condujeron al prisionero á la *India*, y al amanecer del día siguiente los curiosos buscaron en vano en el Océano la fragata que, desde hacía ocho, diera pie á tantas conjeturas, y cuyos inesperado arribo, estación sin resultado y partida espontánea fueron siempre, para los habitantes de Puerto Luis, un misterio inexplicable.

III

Como las causas que habían conducido al capitán Pablo á las costas de la Bretaña sólo se relacionan en nuestra historia con los acontecimientos que acabamos de narrar, dejaremos á nuestros lectores en la misma incertidumbre que quedaron los habitantes de Puerto Luis, y por mas que nuestra vocación y nuestra simpatía nos atraigan naturalmente á tierra, seguiremos por espacio de dos ó tres días más á la fragata en su arriesgada navegación al través del Atlántico.

Hacia un tiempo tan bueno como era posible en los parajes occidentales en los primeros días de otoño. La *India* navegaba gallardamente viento en popa. Los marineros descansaban confiados en el aspecto de la atmósfera, y, á excepción de algunos hombres ocupados en la maniobra, el resto de la tripulación, dispersado por las diferentes partes del buque, empleaba el tiempo á su antojo, cuando se oyó una voz, al parecer bajada del cielo, que decía:

—¡Eh! ¡los de abajo! ¡eh!